

□ Tiempo de lectura: 2 min.

Un hombre de 92 años, pulcramente vestido y que cuidaba mucho su aspecto, se mudaba a una residencia de ancianos.

Su esposa de 70 años había fallecido recientemente y se veía en la necesidad de abandonar su hogar.

Tras una espera de varias horas en la recepción, sonrió amablemente cuando le dijeron que su piso estaba listo.

Resignado y contento caminó lentamente hacia el ascensor, utilizando, por supuesto, su bonito bastón. Lo acompañé, describiéndole el piso.

“Me gusta mucho”, dijo, con el entusiasmo de un niño a punto de recibir un juguete nuevo.

“Señor, aún no lo ha visto, espere un momento, que ya casi hemos llegado”.

“Eso no tiene nada que ver”, respondió. “La felicidad la elijo caso por caso. Que me guste o no el piso no depende de los muebles o la decoración, sino de cómo decido verlo, ¡y ya he decidido en mi mente que me gustará el piso! Es una decisión que tomo cada mañana al levantarme”.

“Puedo elegir: puedo pasarme el día en mi habitación pensando en todas mis dificultades con las partes de mi cuerpo que no funcionan, o puedo levantarme y dar gracias a Dios por esas partes que todavía están bien. Cada día es un regalo, y desde que puedo abrir los ojos, me deslizaré hacia el nuevo día con todos los momentos felices que he disfrutado a lo largo de mi vida”.

*“Cuando era un joven seminarista, recuerdo que una tarde fui a la enfermería (sinceramente, no recuerdo por qué). Mientras el fraile-enfermero arropaba a dos sacerdotes postrados en cama para pasar la noche, me quedé de pie en el oscuro pasillo y presencié toda la escena.*

*Mientras arropaba al primer sacerdote, tirando de ellos por debajo de la barbilla, el*

*anciano le increpó airadamente: “Quita tu cara de la mía, hermano”.*

*El pobre fraile se dirigió en silencio a la otra habitación hacia el segundo sacerdote. El sacerdote le respondió agradecido: “Oh, hermano, eres tan bueno con nosotros. Esta noche, antes de dormir, rezaré una oración especial sólo por usted”.*

*Allí, en el oscuro pasillo, me asaltó una repentina comprensión. Un día yo sería uno de aquellos dos viejos sacerdotes. La plena realización fue ésta: ya estaba practicando para ese momento. A medida que uno envejece, los hábitos se imponen. Los viejos excéntricos practican ser excéntricos toda su vida.*

*Los viejos santos practican toda su vida ser santos”.*

*La vejez es como una cuenta bancaria. Retiramos al final lo que hemos depositado en ella a lo largo de nuestra vida.*